

HENRIK IBSEN

Un enemigo del pueblo

LA CULPA ES MÍA; DEBÍ DE HABERME LIBRADO DE TODOS ELLOS HACE MUCHO TIEMPO. ¡ATREVERSE A LLAMARME ENEMIGO DEL PUEBLO!



TU HERMANO, EL ALCALDE, TIENE EL PODER.

PERO YO TENGO LA RAZÓN.



¿Y DE QUÉ TE SIRVE SI NO TIENES EL PODER?

MAMÁ, ¿CÓMO PUEDES HABLAR ASÍ?



¿ENTONCES EN UNA SOCIEDAD LIBRE ES INÚTIL TENER LA RAZÓN? ¿ACASO NO ESTÁN A MI LADO LA PRENSA INDEPENDIENTE Y LIBRE, LA MAYORÍA COMPACTA?



5ª EDICIÓN



UN ENEMIGO DEL PUEBLO

HENRIK IBSEN

escena
rios

UN ENEMIGO DEL PUEBLO

TRADUCCIÓN DE MAX LACRUZ BASSOLS
POSTFACIO DE LAURA LÓPEZ SÁNCHEZ



Primera edición: septiembre de 2007
Segunda edición: noviembre de 2007
Tercera edición: febrero de 2010
Cuarta edición: junio de 2013
Quinta edición: enero de 2018

Título original: *En folkefiende* (1882)

© de la traducción, Max Lacruz Bassols, 2007
© del postfacio, Laura López Sánchez, 2007
© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2007
c/ Flamenco, 26 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: DD
ISBN: 978-84-96601-41-3
Dep. Legal: M-17628-2013

Maquetación de interiores: José María Carrancio

Motivo de la cubierta: © de Luis Torregrosa Povo, 2007

Impresión: Gohegraf

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

UN ENEMIGO DEL PUEBLO

PERSONAJES

DOCTOR STOCKMANN, médico de un balneario

SEÑORA STOCKMANN, su esposa

PETRA, la hija; maestra

EJLIF uno de sus hijos, de 13 años

MORTEN, otro de sus hijos, de 10 años

EL ALCALDE, Peter Stockmann, hermano mayor del médico, jefe de Policía y presidente de la sociedad del balneario

MORTEN KIL, propietario de una gran tanería y padrastro de la señora Stockmann

HOVSTAD, director de *La Voz del Pueblo*

BILLING, redactor del mismo periódico

HORSTER, capitán de barco

ASLAKSEN, impresor

GENTES DEL PUEBLO, BURGUESES Y HOMBRES de todas las clases sociales, MUJERES, ESCOLARES

La acción transcurre en un pueblo costero del sur de Noruega.

ACTO PRIMERO

Anochece. Salón del DOCTOR STOCKMANN, modestamente amueblado, pero confortable.

En el lado derecho, dos puertas; la más cercana al público comunica con el gabinete del doctor, y la otra, con el vestíbulo. En el lateral izquierdo, frente a esta última puerta, otra puerta da a las restantes habitaciones de la casa.

En el centro del mismo lateral hay una estufa tipo «salamandra», y más en primer término, un sofá con un espejo encima; enfrente, una mesa ovalada, cubierta con un tapete. Sobre ella, una lámpara encendida, con una pantalla. En el fondo, una puerta abierta da al comedor, y encima de la mesa dispuesta para cenar también hay otra lámpara encendida.

Anochece.

En el comedor está sentado BILLING, con la servilleta anudada al cuello.

*La SEÑORA STOCKMANN, de pie junto a la mesa, le ofrece una gran fuente con asado de buey.
Los cubiertos, en desorden sobre el mantel, indican claramente que los demás ya han comido.*

SEÑORA STOCKMANN. Como llega con una hora de retraso, señor Billing, se lo tendrá que comer frío...

BILLING. *(Comiendo.)* ¡Esto está buenísimo! Muchas gracias, exquisito...

SEÑORA STOCKMANN. Ya sabe usted lo puntual que es mi marido siempre con las comidas...

BILLING. ¿Pues quiere que le diga la verdad? No me importa en absoluto. Al contrario, casi prefiero comer solo, así estoy más a gusto.

SEÑORA STOCKMANN. Bueno, bueno; si así come usted más a gusto... *(Escucha en dirección al vestíbulo.)* Debe de ser Hovstad.

BILLING. Puede ser.

Entra EL ALCALDE Peter Stockmann, con abrigo, gorra de uniforme y bastón.

EL ALCALDE. Mis saludos, querida cuñada; buenas tardes.

SEÑORA STOCKMANN. *(Pasando al salón.)* ¡Ah! ¿Es usted? Buenas tardes. ¡Qué amable venir a vernos!

EL ALCALDE. Me cogía de paso... *(Mira hacia el comedor.)* Pero tiene usted invitados, según veo...

SEÑORA STOCKMANN. *(Algo confusa.)* No, no; es casualidad... *(Con precipitación.)* ¿Quiere comer algo?

EL ALCALDE. ¿Yo? No, muchas gracias, ¡Dios me libre! ¡Comer caliente por la noche! ¡Menuda digestión iba yo a hacer!

SEÑORA STOCKMANN. ¡Oh!, por una vez...

EL ALCALDE. No, no, muchísimas gracias. Yo me limito a mi tisana y a mi pan con mantequilla. A la larga es más sano... y más económico.

SEÑORA STOCKMANN. *(Sonriente.)* No querrá decir que Tomas y yo somos unos derrochadores, ¿verdad?

EL ALCALDE. ¡Por Dios, querida cuñada! Usted, no; ni se me pasa por la cabeza esa idea. *(Señala hacia el despacho del doctor.)* ¿Está en casa?

SEÑORA STOCKMANN. No; ha salido a dar una vuelta con los chicos después de cenar.

EL ALCALDE. ¿Está segura de que eso es saludable? *(Escuchando.)* Parece que ahí viene.

SEÑORA STOCKMANN. No, no es él. *(Llaman a la puerta.)* ¡Adelante! *(Entra el periodista HOVSTAD.)* ¡Ah! ¿Es usted, Hovstad?

HOVSTAD. Sí, tiene usted que perdonarme; pero me entrevistieron en la imprenta, y... ¡Buenas noches, señor alcalde!

EL ALCALDE. (*Saluda y se muestra algo inquieto.*) Viene usted por algún asunto importante, ¿no?

HOVSTAD. En parte. Un artículo para el periódico.

EL ALCALDE. Me lo figuraba; he oído que mi hermano es un prolífico colaborador de *La Voz del Pueblo*.

HOVSTAD. En efecto, nos honra escribiendo cada vez que tiene que contar una verdad.

SEÑORA STOCKMANN. (*A HOVSTAD, señalando el comedor.*) ¿No quiere usted...?

EL ALCALDE. Por supuesto, no seré yo quien se lo reproche. Escribe para unos lectores que pueden mostrarse muy receptivos a lo que él escribe. Por lo demás, personalmente no tengo nada en contra de su periódico; créame, señor Hovstad.

HOVSTAD. Le creo.

EL ALCALDE. Al fin y al cabo, en nuestra ciudad reina un loable espíritu de tolerancia, que es el auténtico espíritu de la ciudadanía. Y eso gracias a que nos une a todos un interés común, un interés del que se siente partícipe cualquier buen ciudadano...

HOVSTAD. El balneario, sí.

EL ALCALDE. ¡Exacto! El establecimiento es espacioso, bonito y nuevo. Y estoy seguro de que estos baños constituirán una riqueza fundamental para la ciudad; no lo dude.

SEÑORA STOCKMANN. Es lo mismo que afirma Tomas.

EL ALCALDE. Y es un hecho. Mire, si no, el gran desarrollo que ha experimentado la ciudad en los dos últimos años. Se nota que hay gente, vida, movimiento. Cada día sube el valor de los terrenos y de las casas.

HOVSTAD. Y disminuye el paro.

EL ALCALDE. Ciertamente. Además, por suerte para los propietarios, las contribuciones han disminuido también, y disminuirán todavía más si tenemos este año un buen verano, con muchos visitantes y una buena cantidad de enfermos que ayuden a consolidar la fama de los baños.

HOVSTAD. Por lo que he oído, los pronósticos apuntan en esa dirección.

EL ALCALDE. Las primeras impresiones son, por lo pronto, muy prometedoras. Todos los días se reciben peticiones de alojamiento.

HOVSTAD. El artículo del doctor llega en un momento muy oportuno.

EL ALCALDE. ¡Ah!, ¿sí? ¿Así que ha escrito algo más?

HOVSTAD. Sí; lo escribió este invierno. Es un artículo en el que recomienda el balneario y hace un resumen de sus excelentes condiciones sanitarias. Pero entonces no le di salida.

EL ALCALDE. Ajá... Diría algo inconveniente, supongo...

HOVSTAD. No, nada de eso. Es que consideré mejor sacarlo en primavera, cuando la gente ya empieza a preparar las vacaciones de verano.

EL ALCALDE. Muy acertado, muy acertado, señor Hovstad.

SEÑORA STOCKMANN. Tomas es incansable cuando se trata del balneario.

EL ALCALDE. Por algo es el médico oficial del centro.

HOVSTAD. Y no olvidemos que fue él quien lo fundó.

EL ALCALDE. ¿Él? ¿Es lo que usted cree? No es la primera vez que oigo esa opinión. Pero entiendo que personalmente yo tengo mi modesta parte en dicha fundación.

SEÑORA STOCKMANN. Tomas siempre lo ha reconocido.

HOVSTAD. ¿Pero quién lo niega, señor alcalde? Usted puso el proyecto en marcha. Lo que quise decir es que la primera idea fue del doctor...

EL ALCALDE. ¡Sí, sí! Jamás le han faltado ideas a mi hermano... Por desgracia. Aunque para ponerlas en práctica haya que buscar a hombres de otro fuste, señor Hovstad. Pero francamente, pensaba que al menos aquí, en esta misma casa...

SEÑORA STOCKMANN. Pero, querido cuñado...

HOVSTAD. Señor alcalde, ¿cómo puede usted pensar...?

SEÑORA STOCKMANN. Pase y tome algo mientras llega mi marido, señor Hovstad. Espero que no tarde mucho.

HOVSTAD. Gracias. Tomaré un bocado únicamente. (*Pasa al comedor.*)

EL ALCALDE. (*A media voz.*) ¡Estos hijos de campesinos siempre con tan poco tacto!

SEÑORA STOCKMANN. ¡Vamos, déjese ya de pequeñeces! Usted y Tomas podrían compartir los honores de la fundación como buenos hermanos.

EL ALCALDE. Así debería ser, pero, por lo visto, no todo el mundo se contenta con compartir, según parece.

SEÑORA STOCKMANN. ¡Qué absurdo! Usted y Tomas están totalmente de acuerdo, y eso es lo que cuenta. (*Prestando atención a quien llega.*) Creo que ya está aquí. (*Va a abrir la puerta del vestíbulo.*)

DOCTOR STOCKMANN. (*Desde fuera, riendo y haciendo ruido.*) Mira, Katrine; traigo a otro invitado: nada menos que el capitán Horster. ¿Qué te parece? Tenga la bondad, señor Horster, de colgar el abrigo ahí en la percha. ¡Oh! ¿No lleva abrigo? Figúrate, Katrine: lo encontré en la calle y casi ni quería subir. (*Entra HORSTER y saluda a la SEÑORA STOCKMANN, mientras el*

doctor dice desde la puerta:) ¡Vamos, chicos, adentro! ¡Fíjate, ya se les abre otra vez el apetito! Venga, señor Horster; va a probar usted un rustido que... (*Empuja a HORSTER hacia el comedor. EJLIF y MORTEN los siguen.*)

SEÑORA STOCKMANN. Pero, Tomas, ¿no ves que...?

DOCTOR STOCKMANN. (*Volviéndose en el umbral.*) ¡Ah! ¿Tú por aquí, Peter? (*Va hacia él y le tiende la mano.*) ¡Cuánto me alegro de verte!

EL ALCALDE. Sí. Pero tendré que irme enseguida...

DOCTOR STOCKMANN. Vamos, hombre, ¿qué estás diciendo? Quédate un momento, ahora mismo nos traen el ponche. Supongo que no te habrás olvidado del ponche, Katrine.

SEÑORA STOCKMANN. No, no, descuida; el agua ya está hirviendo. (*Va al comedor.*)

EL ALCALDE. ¡Ponche, además!

DOCTOR STOCKMANN. Sí, sí. Ya verás qué bien lo pasamos.

EL ALCALDE. Gracias. No me gustan las reuniones donde se bebe...

DOCTOR STOCKMANN. ¡Pero si no es ninguna reunión de ésas...!

EL ALCALDE. Pues yo diría... (*Mira hacia el comedor.*) ¡Hay que ver cómo engullen estos tragones!

DOCTOR STOCKMANN. ¿No es una bendición ver comer así a la gente joven? Siempre con apetito. ¡Así ha de ser! Tienen

que comer, Peter. Necesitan fuerzas. El día de mañana serán ellos quienes habrán de remover el fermento...

EL ALCALDE. ¿Podrías decirme qué es ese fermento que habrán de remover?

DOCTOR STOCKMANN. Pregúntaselo a la juventud, que te responderá cuando llegue el momento. Aunque entonces, probablemente, ya no lo veremos ni tú ni yo. Dos viejos carcamales como nosotros...

EL ALCALDE. ¡Hum! No es una expresión muy delicada, que digamos.

DOCTOR STOCKMANN. Por favor, no te lo tomes al pie de la letra, Peter. Es que me siento tan alegre, tan satisfecho... Entre tanta animación, me siento de veras feliz. Vivimos tiempos prodigiosos. Parece que de un momento a otro va a surgir un nuevo mundo...

EL ALCALDE. ¿Eso crees?

DOCTOR STOCKMANN. Claro, tú no puedes comprenderlo como yo. Te has pasado aquí toda la vida, y es natural que se te haya adormecido la sensibilidad. Pero yo, que he estado todos esos años allá en el norte, casi sin ver un alma, sin nadie que me dijera una palabra que me hiciera reflexionar... Pues para mí es como si hubiese llegado a una gran ciudad.

EL ALCALDE. ¿Una gran ciudad?

DOCTOR STOCKMANN. Ya sé que comparado con otros lugares no es gran cosa. Pero aquí hay vida y esperanza. Lo principal es un futuro por el cual luchar y trabajar... (*A su mujer.*) Katrine, ¿ha pasado el cartero?

SEÑORA STOCKMANN. (*Desde el comedor.*) No, no ha venido.

DOCTOR STOCKMANN. ¡Y para colmo, tener asegurado el pan de cada día! Peter, eso es algo que sólo lo saben apreciar los que han vivido precariamente, como nosotros.

EL ALCALDE. El caso es que...

DOCTOR STOCKMANN. Puedes imaginarte que la vida allá en el norte no fue siempre muy fácil. ¡Y poder vivir ahora como un gran señor! Hoy mismo, sin ir más lejos, hemos comido asado. Y también para cenar. ¿No quieres de verdad probar un bocado? Anda, aunque sólo sea para...

EL ALCALDE. No, hombre, no...

DOCTOR STOCKMANN. Bueno, pues acércate, al menos... Mira qué tapete más flamante tenemos.

EL ALCALDE. Sí, ya me he fijado.

DOCTOR STOCKMANN. Y una pantalla para la lámpara. ¿La ves? Todo esto se debe a los ahorros de Katrine. ¿A que así resulta el salón muy agradable? Mira desde aquí... No, hombre, ahí no. Aquí, ¡ajá! ¿Lo ves? Con la luz dando directamente... Resulta de lo más elegante, ¿no crees?

EL ALCALDE. En fin, si uno puede permitirse estos lujos...

DOCTOR STOCKMANN. ¡Faltaría más! Ahora puedo... Katrine dice que gano casi tanto como gastamos.

EL ALCALDE. ¡Casi!

DOCTOR STOCKMANN. Un hombre de ciencia ha de vivir con cierto decoro. Estoy convencido de que cualquier funcionario provincial gasta al año mucho más que nosotros.

EL ALCALDE. Bueno, un alto cargo, claro...

DOCTOR STOCKMANN. No sólo: un simple negociante, si lo prefieres. Puedes estar seguro de que un negociante gasta muchísimo más.

EL ALCALDE. Dependerá de cada situación...

DOCTOR STOCKMANN. Por otra parte, no se puede decir que seamos dispendiosos, Peter. Me gusta recibir bien en mi casa a la gente. Lo necesito. ¡He estado tanto tiempo aislado! Créeme: para mí es una verdadera necesidad hablar con gente joven, con gente activa, valiente y franca... Los que están aquí lo son. Me gustaría que conocieras un poco mejor a Hovstad...

EL ALCALDE. Lo conozco. Por cierto, me ha dicho que piensa publicar otro artículo tuyo.

DOCTOR STOCKMANN. ¿Un artículo mío?

EL ALCALDE. Sí, acerca del balneario. Un artículo que habías escrito este invierno.